

LOS OCUPANTES DEL VACIO POLITICO

los que no trabajan. La entrada de divisas de este verano turístico habrá disminuido considerablemente; se podrá depositar una parte de la culpa sobre ETA (p-m) por su siniestra guerra de bombas, pero no se podrá ocultar que la disminución en las entradas se viene señalando desde hace tiempo y por varias causas (una, externa: la crisis mundial, que repercute sobre nuestros visitantes; otra, interna, el exceso de presión en la explotación del turismo extranjero). Al mismo tiempo, habrá crecido otra vez el precio de nuestras compras: no sólo el petróleo y otras materias primas, sino de los productos industriales que importamos. Seguiremos igual de lejos que ahora —quizá más— del Mercado Común; no podremos colocar nuestro excedente de mano de obra, ni de productos agrícolas. Los que regresen de las vacaciones se encontrarán una vez más mermado su poder adquisitivo; los sueldos disminuyen ya —este mes— por el nuevo reparto de las cargas fiscales. Pero los precios habrán continuado experimentando alzas; sucede continuamente, pero los veranos son siempre los momentos escogidos especialmente.

NO es fácil depositar nuevas esperanzas en el Gobierno de Adolfo Suárez. Acaban de cumplirse cuatro años desde su acceso al poder, y la situación general es considerablemente peor de lo que era entonces: no sólo en la economía, sino en la cuestión de las libertades públicas. Todo está en relación, evidentemente: a mayor inquietud social, mayor respuesta en la represión posible, y en la contención de libertades. El Gobierno no deja de encontrar alianzas para ello en los especialistas procedentes del régimen anterior: porque creen sinceramente en ese sistema, porque han sido conservados para eso y porque tienen los medios para hacerlo. Por eso se puede decir que el vacío no existe nunca; porque cuando alguien lo crea, alguien lo ocupa. Es una tendencia que se va advirtiendo cada vez con mayor fuerza: en una multiplicación geométrica.

POR eso es posible que, a pesar de todo, y aun con el fracaso considerable encima de estos cuatro años de gestión, Adolfo Suárez vaya a conservar el poder —el lastre arrojado quizá con la caída de Abril Martorell será exclusivamente de efecto, de apariencia—, a condición, muy previsible, de que acepte mantenerlo en estas condiciones. Muchos creen que es el político ideal para dejar hacer lo que ellos desean y con el aguante suficiente como para asumir la personalidad de lo que no se arregla. ¿Quién iba a desear su herencia?

SIN embargo, es difícil hacerse a la idea de que pueda seguirse aceptando durante mucho tiempo este suicidio político nacional. En ningún caso parece que la situación pueda prolongarse los tres años que quedan para unas nuevas elecciones. El desgaste nacional es demasiado grande para dejarlo acentuarse. O nos desplomamos inevitablemente en un Tercer Mundo, en cuyo borde estamos ya. Dentro de ese Tercer Mundo, el tiempo, efectivamente, comienza a ser otro. Puede ser el tiempo de la India o el tiempo de Turquía; o el de Marruecos, o el de algunos de los países latinoamericanos a los que tanto nos parecemos ya.

EL tiempo no se ha agotado todavía. Pero lo peor de todo es que no se ve en estos momentos quién o quiénes podrían ser los dueños de ese tiempo, los dueños de esa política. Y lo que se ve, es peor. ■

DECIAMOS MAÑANA

RESULTA un poco fastidioso perder cada día la misma guerra civil. Se pierde cada mañana, se van abandonando las últimas trincheras a lo largo de la pesada jornada, hasta que uno cae en el sueño que es como el campo de Argelés o como el puerto de Alicante. Y en ese profundo sueño nocturno se vuelve a empezar. Algo parecido a lo de Sísifo. Luis Carandell me dice que lo que se pierde cada día es la guerra carlista. Si nos ponemos así, Luis, podemos empezar por Viriato y su guerra perdida contra las bases romanas. Llevamos perdiéndola más de dos mil años.

Sin embargo, merece la pena. Contemplando a los que ganan la guerra cada mañana se fortalece uno en su impresión de que no quiere ser ellos. Un vencedor es siempre alguien profundamente desagradable y tenso; tiene que hacer un esfuerzo mayor, tiene que controlarse y dirigirse a sí mismo; tiene que defender su victoria, cuando sabe que por la noche los millones de sueños de los vencidos vuelven a empezar la misma guerra civil. Será la costumbre, pero a mí me parece muy natural perder cada día la guerra civil; y muy difícil tener que ganarla cada día. Alguien lo sabía ya cuando contestó al "vae victis" con un "vae victoribus". Asomarse al espejo de cada mañana y ver cómo el rostro de uno mismo se desdobra en millares de rostros de verdugos, de represores, de dictadores, debe ser una tortura considerable. No, claro, eso no es verdad. El que vence no piensa nunca eso; y si lo piensa alguna vez, al día siguiente es un vencido. Todo, en el fondo, es una cuestión de lo que Nietzsche llamaba la moral de los señores y la moral de los esclavos.

Sísifo toma su pesada piedra, sube durante la jornada la pendiente de la montaña, y, cuando la deposita en lo alto, la piedra vuelve a rodar hasta abajo; va Sísifo detrás y vuelve a tomarla para la jornada siguiente. El momento de volver a agarrar el peñasco es algo que desconocerán siempre los vencedores; y la belleza moral de subir la montaña con ella, aun sabiendo que al final de la jornada volverá a caer —sobre todo, sabiendo que volverá a caer—, y que se tiene la entereza humana —nunca demasiado humana— de volver a tomarla, puede ser la razón de toda una vida. Incluso de toda una muerte: a Sísifo le impusieron esa pena después de muerto (la derecha nunca se detiene en esos pequeños detalles: muerto o vivo, el enemigo es siempre el enemigo).

Hoy se nos desploma otra vez esta piedra que, poco a poco, hablamos ido izando a lo alto de la montaña. Hoy perdemos otra vez unas cuantas trincheras de la vieja guerra civil, hoy matan otra vez a Viriato —y Roma si paga traidores; los paga bastante bien, y los suele tener en nómina— y esta noche hay que empezar otra vez a levantarla. Es indudablemente un poco fastidioso, un mucho aburrido. Pero es algo que hay que hacer y enseñar a otros que deben seguir haciéndolo. Quizá, alguna vez, la piedra se sostendrá sola en lo alto de la montaña. Aprenderemos a colocarla. O aprenderán los que sigan en esta curiosa tradición. ■

POZUELO